

## DISCURSO DE ORDEN

Dr. José Luís Peroza (SVPP)

Sean bienvenidos, en esta noche de brillo joyérico, cuando las estrellas están despiertas y parecen encontrarse bajo este pequeño firmamento; en momentos en que debo agradecer a la SVPP, a la Junta Directiva Central y sus 22 filiales, especialmente Sucre y Monagas, el haberme permitido retornar al camino de las ideas, pintar pensamientos, penetrar el alma y orientar la marcha del espíritu. Asimismo, agradecer a la Dra. Lourdes Rodríguez, quien se ha convertido para mí en una especie de hada, en lo que significa destino, por esas hermosas palabras de presentación, honestas, sentidas y emotivas, preludio de una sinfonía en esta noche, en este día que ustedes me han regalado, cuando invoco el espíritu de Ariel, el ángel de las ideas, esperando la musa, porque en verdad me encuentro entre la emoción y el ensueño y un miedo cervical.

Por un lado, esta hermosa distinción que me enaltece: epónimo del máximo evento de la pediatría nacional en su versión 54; y por el otro, hallarme en esta ágora, frente a tan calificado auditorium ante el cual debo responder.

Son esos momentos en la vida en que envidio a los artesanos de la palabra, de la magia de la oratoria, para expresar en verso o en hermosa prosa todos los sentimientos que de la emoción emanan, envueltos en un arco iris, en un diluvio de colores.

Debo conformarme con las palabras que brotan de los labios del tiempo exprimiendo la memoria hasta extraerle recuerdos al olvido, con imágenes mentales en claro-oscuro como salidas de una obra de Rembrandt y con mi mayor consideración a las personalidades que ocupan el presidium; un saludo cordial de bienvenida a los invitados que nos honran con su presencia y mis respetos a todos los presentes. Éstos son los ayeres, un río de recuerdos, caminos y sueños. Pido a la memoria que hable y habla la memoria rozando el corazón.

He podido comprobar la doctrina filosófica de Ortega y Gasset del raciovitalismo, el hombre y sus circunstancias. En gran medida he sido fruto de esas circunstancias.

Después de varios años en el extranjero, concretamente en la ciudad de Barcelona-España, con un título de licenciado en medicina y otro de médico puericultor y la vocación afirmada en la pediatría, regresé al país cargado de ilusiones.

Caracas lucía hermosa y con rostro humano, y me dije: "aquí siembro mis raíces", con una mentalidad que no era mía.

A los pocos días, llevado de la mano de una de las figuras estelares de la pediatría del momento, el Dr. Simón Gómez Malaret, llegué al Hospital "J. M. de los Ríos". Presenté credenciales; un título registrado, notariado, legalizado por la cancillería venezolana; pero yo era un médico extranjero en mi país, sin posibilidades para ocupar un cargo en el hospital. Fui aceptado bajo la figura de "Médico Voluntario" con todos los deberes contenidos en el reglamento hospitalario y un solo derecho, aprovechar mi permanencia en el hospital para aprender y crecer, y eso intenté hacer durante seis meses mientras esperaba respuesta de las autoridades universitarias, muy activas en política, a mi solicitud de reválida.

Fui asignado al servicio de la Dra. Imber de Coronil. Recuerdo con gratitud su trato afable y la mirada de brillo maternal. La Dra. Coronil vio en mí a una persona preocupada, ensimismada. En realidad, era un concierto de sentimientos encontrados envueltos en un celofán de nostalgia y de melancolía. Llegó a interrogarme y supo de mi mal. Días después, acercándose, me dice: "Tengo un cargo para usted en la Cruz Roja, ya hablé con el Dr. Machado, mañana vengo a buscarlo para presentárselo".

Por razones ajenas a su voluntad, la Dra. Coronil no acudió a la cita; me invadió la tristeza y en ese estado de ánimo, como en otras oportunidades, fui a refugiarme al bullicio de El Silencio. Allí encontré a un amigo, médico sin reválida, traía en sus manos el nombramiento de médico rural para El Tirano, allá en la isla de Margarita. Solicité y obtuve información al respecto; al despedirme, sólo atiné a aconsejarle: no te enfrentes al brujo del pueblo.

Dos días después iba yo rumbo hacia el estado Guárico, hacia uno de esos pueblos de "Casas Muertas", Chaguaramas; tenía más de un año sin médico.

Chaguaramas para mí fue una escuela, una enseñanza, una experiencia. Allí, en pleno corazón de Venezuela, encontré el alma del país y conocí su realidad social: la tierra de mística telúrica donde los niños comían tierra mientras la tierra comía niños; donde los hijos de Juan el Veguero morían de fiebre, hambre y brujos y eran enterrados al pie de un topochal; lo que hizo exclamar al Dr. Pastor Oropeza:

“dejen a un lado la medicina sofisticada, aprendan a prevenir y tratar las diarreas que es lo que mata al niño venezolano y oír la poesía transformada en un grito de angustia bajo un cielo callado: cuando mueren los niños yo no logro entender la misión de la muerte; la muerte de un niño es tan absurda cual la de una mañana que se volviera sombras”.

Fue entonces cuando oí el llamado de los ángeles de mi pueblo; esa fue la veleta que orientó mis pasos y cambió mis sueños rumbo hacia Cumaná, con su río tantas veces cantando, con un proyecto de vida: servir y ser útil al pueblo que me vio nacer inspirado en tres figuras emblemáticas de la medicina, ejemplos de moral, de justicia y desprendimiento; de modestia, austeridad y altruismo.

Hipócrates, el genio universal de la medicina de todos los siglos, el hombre de coraje espiritual capaz de levantar su voz por encima de la cabeza de los dioses del Olimpo y dejarse escuchar con ecos sonoros y permanentes; cuyos aforismos constituyen un cuerpo de doctrina y su juramento un código de ética y moral.

José María Vargas, ícono de la medicina nacional. En su momento fui en busca de Vargas hasta encontrarlo; pero no lo hallé a través de su sólida formación académica como médico, docente o investigador científico; ni en su participación política honesta, veraz y de angustias. No, a Vargas lo encuentro en las postrimerías de su vida, allá en Nueva York, cuando triste, enfermo y probablemente sumergido en llanto, solicita el apoyo espiritual de un sacerdote católico de la ciudad y éste al final exclama: “éste es el hombre más justo que he conocido”.

La justicia es una virtud. Ser justo es cumplir con los mandamientos de la ley de Dios, vivir es desvivirse por lo justo y lo bello, el canon de la moral es la justicia, no las leyes. Vargas continúa siendo un símbolo clásico y una fórmula actual en momentos tan críticos como ayer.

El tercer personaje, el Dr. Pastor Oropeza, patriarca de la pediatría nacional. En estos momentos mi mente es una vorágine de recuerdos. Un privilegio haber conocido personalmente al Dr. Oropeza, tres encuentros con él marcaron definitivamente mi vocación profesional: el niño y por los niños, la edad bendita en que vivir es soñar.

En el primer encuentro, allá en el Instituto Nacional de Puericultura, donde acudí en mi afán por la reválida, conocí al hombre de carne y hueso y sentí gran respeto por ese hombre. Dos semanas después en el "Hospital Universitario de Caracas" mientras presentaba clínica pediátrica reconocí al maestro, capaz de impartir enseñanzas, intercambiar ideas y compartir experiencias; fue admiración por el maestro. Años más tarde encontré al médico.

Fue en la sede del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, al recibir la mención de honor al Premio Nacional de Pediatría, allá por el año de 1.979. El ciudadano Ministro hacía la reseña del Dr. Oropeza, allí presente. Yo desde una lejana cercanía, entrelazaba sentimientos y emociones creyendo oír aplausos de silencio y ver salir bandada de pájaros multicolores del choque intermitente de las manos. De repente, una frase pronunciada por el señor Ministro fue como un rayo de luz que iluminó mi mente e hizo vibrar mi corazón: A Pastor, así dijo, no se le conoce por sus cuentas bancarias.

Diógenes, en pleno día y con lámpara en la mano, no logró encontrar al hombre honesto. Yo, en cambio, en las palabras del Ministro y en la persona del Dr. Oropeza había encontrado al médico auténtico, de estirpe hipocrática, rico en ciencias, en arte y en filantropía. Desde entonces, el Dr. Oropeza ocupa un lugar permanente para el recuerdo y fue la huella a seguir para trazar mi propio camino, fiel al compromiso social y ético de la medicina, lo que me ha permitido ejercer la pediatría en Cumaná durante tantos años, como un médico de pueblo, en su cotidiano quehacer, siempre en silencio. Allá en sus calles y bajo su cielo he aprendido a conocer a la gente y a sentir su afecto caluroso; nadie puede decir y reclamarme: “médico, te busco y no te encuentro”.

Por coincidencias de tiempo y circunstancias he sido testigo del renacer de la pediatría en la región; de la formación de una legión de pediatras y de la creación de los estudios de postgrado de Puericultura y Pediatría del Núcleo de Sucre de la Universidad de Oriente. Puedo decirles que he roto con el mito bíblico de que nadie es profeta en su tierra; a menudo recibo bendiciones como salidas de los cuernos de Almatea: Bendito los hijos que nunca se olvidan de su pueblo, y ese pueblo agradecido, me ha declarado "Hijo Ilustre da la Ciudad de Cumaná", un compromiso que me hace sentir, con toda humildad, como un recurso humano y patrimonio de la ciudad.

Estos son los ayeres. El presente es ser privilegiado por la vida, por el destino, para recibir este homenaje de la S.V.P.P. y cerrar esta noche con un broche fundido en el horno de mi corazón, y con el afecto de todos ustedes, para quienes ya no alcanzan las palabras desbordadas de tanta emoción.

Ya no hay lugar para el olvido ¿Qué más puedo decirles? Siento la presencia espiritual del Dr. Oropeza en este recinto; en su nombre, una breve exhortación donde yo también seré un oyente.

A partir de mañana tienen ustedes la oportunidad de presentar y discutir temas en relación con la salud y el bienestar del niño; niño que sólo puede ser concebido en la escuela, jugando y soñando. Hace cuatro años, en el quincuagésimo

Congreso Nacional de Pediatría celebrado en la ciudad de Barquisimeto, el Dr. Alberto Reverón, en vibrante discurso, hizo un balance de los cincuenta años transcurridos desde nuestro primer evento científico. Había tristeza y frustración en sus palabras, al final, las recomendaciones del momento fueron las mismas de entonces.

Dos años después, en Caracas, el mismo Dr. Reverón nos presentó, en forma dramática, una Venezuela en blanco y negro, y hoy el ánimo entristece y el corazón se oprime ante la realidad: es ese río de niños abandonados, con hambre y sin escuela; es ese río de niños que no son de nadie, que han perdido su sonrisa de niños, despertando silencios con su llanto sin voz; con los brazos cansados apartando tinieblas en busca de la luz, sin saber a quien ofrecer en sacrificio sus vidas ante un altar vacío, gritando: "Dios, no duermas, que tus sueños han truncado los míos".

Hay que ir al encuentro del niño abriendo caminos de vida y esperanzas. Esto es una responsabilidad del Estado; es una responsabilidad ciudadana, es una responsabilidad nuestra como pediatras comprometidos, como debemos estar con las comunidades.

El camino hacia el niño es la familia. En la solidez económica y la educación moral del hogar está el verdadero desarrollo social. Es preciso entonces una política de bienestar social que tenga como centro a la familia; su paisaje, que es su geografía, para ofrecer al niño un escenario justo, un

escenario digno, donde crezca y se realice como persona, con derecho a abrazar totalmente la vida y ser ciudadano del país y del mundo.

Los niños son tierra fértil para sembrar conciencia, en sus manos nos jugamos el destino social del país, que aún espera por su hora entre minutos de angustias y horarios de esperanza.

Si no somos capaces de rescatar al niño, devolverle sueños, sonrisas y esperanzas, ese niño, tal vez ya sin ser niño, será nuestro propio verdugo, no sé si por venganza o por justicia, cuando hemos maltratado y asesinado su espíritu. Al final nos quedaría el consuelo de un San Francisco de Asís ante los motivos del lobo, elevar una oración a Dios, un "Padre nuestro que estás en el cielo"...

Nuestro reto hoy y siempre como pediatras, cultivadores de niños, es mantener la prosa de la vida que ellos representan, por ellos les deseo desde lo más profundo de mi conciencia, desde lo más profundo de mi corazón, éxito en sus deliberaciones y acierto en sus decisiones, a ver si es que nos llega, no el modo de llorar el universo, sino el modo de alumbrar de las estrellas.

Un abrazo para todos, que Dios los ilumine y muchas gracias. Buenas noches.

Dr. José Luis Peroza